

Siete muchachas en una cápsula del tiempo

Solange Rodríguez Pappe

Poetas que hablan con Dios; cuentos hiperbreves; historias fantásticas contemporáneas y otras de corte más tradicional; complicadas relaciones familiares; exploraciones macabras por la *Deep Web* y recorridos desconcertantes por el propio cuerpo. En este dossier de relato joven de autoras ecuatorianas encontramos una muestra significativa de varias tendencias de la narrativa actual: lo sórdido y lo poético, pero también un retorno al tema de la imaginación y sus símbolos representados en las tenebrosas y luminosas posibilidades de la mente creativa. Por aquí trotan centauros, zumban estorbosas abejas y los despojos de muchachas se convierten en oro.

Que todas sean mujeres es algo incidental. Hay que dejar de pensar la literatura de autoras como eso que Nelly Richards denominaba lo "particular femenino" y parar de buscar en sus singularidades; más bien, hay que pensarlas como creadoras que empiezan a hacer su camino con una producción independiente y mucha potencia. Lo que nos interesa de su género es que han escrito cuentos, una forma narrativa con una tradición muy prestigiosa en la literatura ecuatoriana. Algunas vienen contando historias desde hace muchos años; otras constan ya en algunas antologías y han ganado certámenes nacionales de cuento; otras son completamente nóveles. Tienen en común que son estudiantes de la Universidad de las Artes de

Guayaquil y se diferencian entre sí por sus diversas propuestas estilísticas.

En este dossier encontramos diferentes ejercicios de género narrativo yendo desde la filigrana que exige el cuento muy breve, hasta otros experimentos con mucha más complejidad y aliento. Paulina Soto nos entrega un microrrelato mítico; Alejandra Laje crea una experiencia onírica que refresca los lugares comunes relacionados con la figura del escritor; Gabriela Castro y Nicole Suárez tienen ambos cuentos fantásticos que arrancan con la llegada de un suceso insólito a la vida de las protagonistas; Jennifer Zambrano trabaja desde lo lúdico lo incómodo que resultan ciertos lazos filiales; Noelia Mantilla ha elaborado un relato sórdido donde lo perverso se ha normalizado para su narrador y Melissa Uzhca realiza un recorrido nostálgico por la historia de una mujer que envejece.

96

Este muestrario mínimo elaborado para el segundo número de *Pie de página*, quiere dialogar con otras selecciones ecuatorianas de la década que han apostado por mostrar la labor de la numerosa narrativa emergente del país. Entre ellas está *Nunca se sabe* (Eskeletra, 2016); *El despertar de la Hydra* (La caída, 2017); *Señorita Satán* (El Conejo, 2017) y *Los que vendrán* (Eskeleta-Cactus Pink, 2018) y que no se han equivocado en sus predicciones con los escritores. Este muestrario, entonces, es una cápsula del tiempo armada por interesantes diversidades. Quien la encuentre en el futuro descubrirá cómo les ha ido a estas autoras lidiando con el oficio y su persistencia. Está hecha nuestra apuesta.

Solange Rodríguez (Guayaquil, 1976). Es una escritora especializada en el género de lo extraño y de lo fantástico. Fue ganadora del premio nacional Joaquín Gallegos Lara al mejor libro de cuentos del año 2010 con *Balas perdidas*. Sus relatos han sido traducidos al inglés, al francés y al mandarín. En su producción como cuentista se encuentran los títulos *Tinta sangre*; (2000), *Dracofilia* (2005), *El lugar de las apariciones* (2007), *Balas perdidas*, *Caja de magia* (2015), *Episodio aberrante* (2016), *La bondad de los extraños* (2016), *Levitaciones* (2017) y *La primera vez que vi un fantasma* (2018, Editorial Candaya).

Andrómeda

Paulina Soto¹

La mina de oro era el sustento de ese pueblo maldito, pero un día, las entrañas de la tierra se secaron. Colérica, la mina derribó galerías enteras y mató bajo su peso a muchos infelices. Fue entonces cuando el párroco tuvo una revelación. La mina exigía un tributo.

Intentaron engañarla con animales, veloces yeguas o fuertes mastines. Nada. Solo gustaba de mujeres jóvenes. Así, todos los años en la eucaristía de noche vieja, una muchacha, ataviada de blanco y coronada con flores, era narcotizada y arrojada a las fauces ansiosas de la mina, sin un héroe que la rescatara y con el único consuelo de que su cuerpo se trocaría en oro.

1 Quito, 1991. Estudiante de noveno semestre de Literatura en la Universidad de las Artes. Ha publicado las crónicas "Iguana Corp." y "La 15" en el blog literario laornitorrinco, y el relato "El ángel de la colina" en la antología *Tela de Araña* (Editorial Rasguño, 2017). Es parte del colectivo literario Merries y gusta de la mitología y de los gatos.

Víctima de soledad

Alejandra Lage²

Aterrado y encerrado en un abismo recuerdo a Fernando Huma, un hombre con promesas infames y esperanzas pesimistas. Había un cine frente a su casa. Siempre llegaba a la misma hora en que me encontraba en la cafetería descansando. Llegaba caminando incómodo, casi engullido por la nada y el frío. Ya adentro, en el jardín del condominio, viendo flor por flor, planta por planta, ceñía el polen en su rostro con gestos dulces. Parecía que le agradaban mucho las plantas. Yo lo veía detrás de la vitrina de la cafetería. Un día decidí acercarme al condominio y pregunté al portero por el hombre misterioso.

—Ah, Fernando Huma. Es profesor de la central. También he escuchado que es poeta.

99

¡Poeta, dice! Me adentré a su piso para cerciorarme. Me gusta la literatura, en especial esa que podría ser del hombre misterioso. Me hice pasar por un vecino, preguntándole si tenía tomates que me prestara. Lo veía atentamente a los ojos, queriendo extraerle la poesía de su alma. Mostró un par de tomates en podredumbre que no temió en entregarme. Seguramente habrá sido un mensaje referente a su conexión o condición humana. Bueno, después toqué su puerta y le pregunté por su profesión. Sí, que yo también leo, pero escribo poco. Sí, sí desearía ir al parque.

Meciéndome en el columpio veía los horizontes

2 Guayaquil, 1998. Cursa el tercer semestre de la carrera de Literatura en la Universidad de las Artes. Por tener una vida despojada de experiencia académica es titular de la fiebre de existir.

pavimentados de la ciudad. Mis manos estaban sucias por el óxido del columpio. Encajaba en este columpio porque lastimaba mis manos, mi ser físico. Él sentía lo mismo que en mi ser interior. Una luz de ensueño rodeó el lugar. Se acercó la noche y las lámparas nos llenaron de luz amarilla. Sus monólogos me dejaban a merced de su aura taciturna. Me habló de cuánta nostalgia le traían los parques, ver a los niños con sonrisas mecerse en los columpios, pero, sobre todo, le gustaba recostarse en las frías bancas viendo el cielo, el hermoso cielo que se ve desde esta ciudad.

Llegué otra noche a su puerta brindándole una lasaña que había preparado. Agradeció y preguntó con ojos devorados si quería charlar en la banca del parque. Sonreí por esos ojos devorados. Era un muchacho sonriente frente un viejo desdichado.

—Sé que no vives en el condominio.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy un viejo observador. Como todo viejo, digo.

Como no tenía un buen tema para hablar, pero quería escuchar su ronca voz, comencé con temas al azar. Hablamos de cómo nuestra sociedad se estaba cayendo a pedazos, y del por qué no había ningún héroe que la pegase. Encendió otro cigarrillo.

—Me gustaría tener una próxima vida y no estar atado a la estela intelectual ni a la fortaleza poética.

—¿Y no es que todos estamos atados a esta vida?

—Miradme bien, soy un enfermo que agoniza. Un enfermo silencioso, un enfermo con bellas palabras. Un poeta es un ser inmortal, un ser que se crea a través de la palabra. Soy inmortal por convivir con palabras y sentimientos inmortales, y créeme que no hay peor cosa que ser inmortal.

—Por eso, si llego a publicar algo será en anonimato. Nadie sabrá que un chico que no sabe qué hacer con su vida produce los poemas más tristes... de esta noche. Como Neruda.

Qué tonto, pensé. Cómo le voy a mencionar a Neruda a un ser que consume Rimbaud.

—Yo quisiera nacer en algún país de primer mundo, este jodido país jode mi destino.

Seguramente con lo bueno que he sido en este tiempo, Dios me concederá mi deseo. Es un buen deseo de un buen chico. ¿Dónde quisieras nacer tú?

—Quiero ser un envase sin fondo o un anillo.

—¿Por qué?

—Para afirmar el ropaje, ora demasiado grande, ora estrecho que dios nos da. Cuánta dicha para tanta esclavitud. Desde esa noche, bastaba con recordar nuestra conversación para sentirme agridulce. Estaba haciendo un castillo de ideales. Lo imaginaba recitando sus poemas, borracho en las caminatas a las horas de la madrugada, en las librerías viendo alguna muchacha dulce leyendo. Y me entraban celos de pensarlo con alguna muchacha. Quería su conocimiento solo para mí. Iba al parque y esperaba, a veces en el columpio, otras veces detrás de los arbustos, la llegada. Su llegada. Fernando tenía caminar lento, caminaba como si tuviese la culpa de la humanidad en la joroba. Cuando llegaba con un libro no lo molestaba, pero al llegar él con su soledad, yo impedía que ella se acercase a él.

Un viernes por la noche, manteniendo distancia y leyendo detrás de los arbustos, llegó como de costumbre fumando su cigarrillo. Se lo veía cansado. Ha de estar cansado de vagar eternamente, pensé sin imaginar el peso de mis pensamientos. Vi una expresión nueva en él, como si

pidiese o rogase algo. Miraba al cielo.

—Alíviame de esta soledad— gritó. Dios asomó de entre la neblina y le dio una hermosa flor negra.

Devoré la fragilidad de la flor en el instante. Y aunque haya estado alegre unas noches, la flor se marchitó y al poco tiempo murió. Otra noche, con la neblina cubriendo las faldas de la montaña y la ciudad, Fernando le pidió de nuevo a Dios un alivio a su soledad y este le dio una piedra. Su belleza no cautivaba tanto como la flor, pero vi una sonrisa en él que transmitió a mi rostro. Con el paso del agua, viento y fuego, su piedra se volvió suave como una piedra de río, cada vez más hermosa y con color negro, hasta que pasó a ser arena y finalmente desapareció entre el polvo. Un tiempo, Huma ya no iba al parque. Desde que apareció Dios no le dirigí la palabra, ni fui a visitarlo. Comencé a ser contrario a sus ideales en mi cabeza. Ya no lo veía como el héroe que carga dolor en sus hombros y se esconde en las sombras por honor de su humanidad. Fue, más bien, un ser que se escondía en su interior porque no pudo sanar su herida, porque el mundo le escupía y pateaba y no quería levantarse. Un ser que murió demasiado pronto. Pero a pesar de eso, me contradecía yendo a observarlo desde detrás de los arbustos.

Yo que sufrí la angustia de las pequeñas cosas ridículas: llegó una noche declamando versos de Pessoa. Para esta vez, su integridad no pudo más. Juntó sus manos y le pidió a Dios que aliviase su soledad. Su solución fue sencilla. Bajó Dios entre los cielos, estuvo ante Él, separó sus manos para que ya no rezara y le hizo mortal. La espera tras los arbustos terminó. Huma no sonreía, y lucía intranquilo. Se quedó sentado en

la banca mientras la luz amarilla bajaba sobre su piel. Miró a los astros y preguntó:

—Y a Él, ¿quién le quitará la inmortalidad?

El castillo creció y se hizo laberinto.

La despedida del centauro

Gagui Castro³

El ruido del candado resuena en mi cabeza. Una, dos, tres veces y luego de ello, pierdo la cuenta de cada uno de los golpazos que hace temblar mi casita de cartón. Siempre a las 9 p. m. llega el centauro.

Desde la esquina se oye su galope brutal y su voz ronca que aún pertenece a una naturaleza semi-humana. Se acerca a la puerta y comienza a llamarme.

Que le abra, me dice.

Yo no quiero dejarlo entrar.

Constantemente me exige estadía y entrega total. Quiere banquete, inmediatez. Que le sobe las pezuñas y le unte la espalda con mis lágrimas. Que baile al ritmo de sus maldiciones y me someta a transformaciones terribles. Que sea cualquier cosa que a su mente se le venga en gana; cualquier cosa que a menudo no parece una mujer.

¡No puedo soportar otra noche más! —me exijo a mí misma—. Pero esta frase ya me parece haberla dicho. Sin embargo, cuando el miedo me consume opto por entregarme a la cobardía.

Los centauros, bien sabemos todas, son parte humana y parte animal.

Humana porque usa la razón. Es inteligencia, labia.

Animal porque usa el instinto. Es violencia, celos.

3 Guayaquil, 1991. Actualmente cursa el quinto semestre de Literatura en la Universidad de las Artes. Es instructora del proyecto "Cuentos & Utopías", que realiza una labor comunitaria y literaria dentro de planteles escolares. Es escritora del colectivo LitedrawArt.

No sé... quiero creer que una vez en el pasado, el centauro fue completamente un hombre y que fue esa figura de juicio y entendimiento, la que verdaderamente me convenció y no aquella beligerante bestia que se engrandece entre cada una de las ocultas caras lunares de las mujeres que le susurran.

Todas ellas le abren la puerta, pero yo no quiero dejarlo pasar.

El candado, entonces, ante la inconcebible espera, truena contra mi puerta con una potencia desaforada. Su ciclo infinito destempla mis sentidos y me despoja de toda vitalidad.

Mi pared de cartón comienza arrugarse. Se contrae ante las incalculables sacudidas del macho.

Yo sigo inmóvil. Involuntariamente temblando, sintiendo que mis destellos de valentía o ensimismamiento me llevarán esta vez a la muerte. Porque negarme, anteriormente, me ha costado moretones, cicatrices y ecos tormentosos que cuelgan como aretes en mis oídos.

Un quejido sale de mis labios y, extendido como múltiples copos de hielo, me lastiman con un punzante frío. Mis convulsiones, con cada estremecimiento, parecen irse con mi vida.

Agarro con fortaleza tres amados peluches. Estos me los regaló aquel centauro cuando estrenó conmigo su disfraz cortés.

A ellos, coloridos, afelpados, que se hallan ahora inertes, los abrazo con una fingida sonrisa que inútilmente intenta ocultar el terror.

Una vez, uno de ellos me contó una historia sobre una mujer que nació con el poder de crear mundos felices. Una habilidad que, para desgracia de tal personaje, solo aparecía cada vez que encontraba la desgracia. Otra de ellas, con carácter más recio, me susurraba cada día que envenenara a la bestia... pero, jamás tuve el temple para hacerlo.

El tercero siempre fue callado. Mi mente lo recuerda acariciándome la espalda o rellenándome los odios con algodón cuando la situación lo ameritaba.

La puerta continúa sacudiéndose...

Yo permanezco inmóvil.

Los relinchos del centauro exacerban con furia desmesurada. Todos los vecinos, invocados por el escándalo, asoman con rostros morbosos llenos de suspenso, burla y curiosidad.

Yo, dentro de mi casucha, me muerdo los labios y cierro los ojos para no confirmar que de tanto estrujarlos, les estoy sacando el relleno a mis acompañantes. Espero que no sea así, porque no quiero convertirme en él.

Los peluches siempre fueron despreciados por su ira. Y no es porque los haya odiado alguna vez. Pienso que ellos lo hacían más débil, dócil. Que sus colores y su suavidad asustaban a la bestia que se resistía a dejar de existir.

—¡Maldita sea! ¡Abre esa puta puerta! —ordena.

Yo tiritito de horror y el estómago se me zaran-dea con unas amenazadoras náuseas.

Sus pezuñas se abalanzan nuevamente sobre el portal. Cinco, nueve, doce veces. El cartón que conforma la entrada de mi hogar se dobla en dos, cuatro y hasta seis partes. ¿Por qué no permití que mi casa fuese hecha de un material más resistente?

Gracias a dios, la pared no se divide. No obstante, la bestia aún sin poder entrar y aún sin respuesta mía, opta por buscar otra forma de encontrarme.

Empieza a merodear varias alternativas. Salta a los tejados y olfatea las esquinas.

Si logra ingresar, me matará.

Entonces, alterada, hago un esfuerzo para mover mi pesado cuerpo de elefante y arrastrando los

peluches, me adelanto para cerrar con seguro todas las ventanas. Relleno con medias todos los agujeros que las cucarachas y los ratones han hecho, y apago las luces de la habitación. No hay más rayo de luz en esta casa que mi consuelo.

Me escondo bajo una solapa de la caja y coloco bajo mi pecho a los peluches. Espero que el peligro se disipe y en medio del tormento, ruego por la petición de un auxilio por parte de mis tres acompañantes. Quisiera tan solo poder volver a oír la voz que perdieron. El centauro hunde con su peso la techumbre, golpea sus herraduras contra el zinc. Se acerca. Sus gruesas manos callosas color canela van apartando las verdes y largas hojas del árbol que cubre la ventana.

Yo oigo sus dedos sobre la pared de la habitación donde me hallo. Mis dientes crujen.

Me vuelve a llamar fingiendo una tregua, pero desdichadamente un vecino, desde el otro lado de la calle, le dice que me he rebelado. Entonces sujeta las rejas y las bambolea con fiereza. Me digo que no, que no puedo, —a estas alturas de los hechos—, dar mi brazo a torcer y excusarme por haberme quedado dormida. Me digo que han sido casi dos décadas bajo su esclavitud, que debo ahora sublevarme.

Las imágenes tortuosas de un pasado violento retornan con cada ultraje al cartón. Y he allí que en mi cabeza aparece uno de los tantos dramas: la escena de un pacífico desayuno familiar. Sillas llenas, cucharillas puestas, huevos recién hervidos, panes tostados y... un batido de moras. Moras... él me las había pedido, pero yo no las encontré en ninguna tienda. Ingenuamente, nunca creí que llevar frutillas para un batido tan cotidiano constituiría una ofensa.

Aquel acto de "independencia" aún me obliga esconder una profunda cicatriz en el rostro con

maquillaje.

Yo... ya no logro recordar su entrañable forma de amar. Y así, me cuestiono muchas veces si alguna vez existió aquel hombre que hoy es esta bestia, este centauro iracundo. Sí, me cuestiono, me propongo descubrir si alguna vez amé a este ser o si fueron mis miedos de quedarme sola los que actuaron.

—Ábrele, por favor —suplica. Entonces, la voz que esperaba oír se suelta a mi alrededor. Resignada y atemorizada, parece venir de parte de la osita de peluche.

—¡No! ¡No lo hagas! —A diferencia de la osa, con voz fuerte, la siempre pendenciera coneja se rebela. Ella, muy a menudo, me da fuerzas. La coneja es una eterna amante de la libertad.

El tercero de los muñecos, por su lado, mantiene una enigmática sonrisa. Esa que me enseñó mi madre.

108

Mi padre, en lo que me queda de mi memoria, fue perfecto. Pero, quizás para mi madre, él estaría lejos de alcanzar ese adjetivo. Sé que el centauro no siempre fue o quiso ser malo. Está poseído por su instinto como yo lo estoy por el miedo. Pero hay grandes cruces que uno no debe cargar, que se deben negar, que se deben evadir.

¿Será que yo lo he transformado en esto? Nunca fui una mala mujer. Pero... ahora que lo pienso, ¿alguna vez he sido una mujer?

Retomo con dificultad la gota de aire que guinda en mi pulmón izquierdo y aunque mis rodillas zigzaguean, vuelvo a poner sobre mi regazo a mis peluches y me arrimo a la pared para hallar equilibrio.

Con los ojos demacrados tambaleo hasta la ventana para encararlo. Desde mi cercanía puedo ver su sombra y los puños que golpean las rejjas. Entonces, desde el alcance de mi visión —cintura

para arriba—, solo advierto su parte humana... aquella parte que me convence de que es un hombre. Un ser que huye al igual que yo.

¿Ambos tendremos miedo?

Somos iguales, me repito hasta el cansancio. Yo no debo espantarme, entonces.

Me acerco a la ventana y mi imagen llama su atención. Alza los ojos desorbitados y me observa. Yo me quedo quieta y firme. Él, de igual manera, parece tener el mismo sentimiento.

Tragamos saliva y parpadeamos lentamente. Pero no, él no encontró lo que quería. Su verbo, antes capaz de hechizarme, ya carecía de poder sobre mí. Puse mi mano sobre el vidrio y le dije con voz indeleble que este no era su hogar.

Entonces, sin hacer ya nada más, se dio la media vuelta. Las hojas del frondoso árbol que extiende sus ramas hacia mi casa, volvieron a cubrir de lleno la ventana. El sonido de aquellas pezuñas trotamundos comenzaron a sonar más lejanas.

¡Se ha ido!, me dije.

Yo me he levantado contra él. Por primera vez le he dicho que no. Por primera vez pienso en mí. Y ante ello, dentro de mí misma se confabula un nuevo y reciente miedo: Yo no conozco esta nueva forma de ser y le tengo pavor a la bienvenida de esta libertad. Digo, ¿es esto ser mujer?

Bajo la mirada y me hallo sola. Tan sola como cuando lo conocí.

No sé si vendrá nuevamente como solía hacerlo.

Abro la ventana y sin creérmelo, reviso el panorama.

Ya no está.

—¡Se ha ido! —aseguro un millar de veces. Las lágrimas corren por mis mejillas y el llanto baña a mis peluches, quienes van, poco a poco,

tomando su antigua forma carnal. Van reviviendo en otros cuerpos. Entonces, posando sus pequeños pies sobre la pobre casa de cartón maltrecho, me dan alientos, me dicen que ahora iniciaremos una nueva vida.

Extraños tocan a la puerta

Nicole Suárez Romo⁴

Clara solía trabajar tres días en casa de la señora Susana. Su trabajo consistía en limpiar, cocinar, y lavar la ropa. Todo en silencio para no despertar a su jefa que siempre dormía. En el poco tiempo que llevaba trabajando solo la había visto dos veces: cuando la contrató y le dio la lista de tareas, y una tarde, mientras tendía ropa, en que la vio pasar como un fantasma, sin hacer ruido y con el cabello cano suelto. La señora bebió agua en la cocina y luego regresó.

Desde ese día Clara dejaba una jarra con agua y un vaso en una mesita fuera de la habitación de la señora. Empezó a ayudarla en todo, porque los extraños hábitos de su jefa le parecieron lamentables. Aquella pequeña y solitaria mujer, que permanecía despierta toda la noche y nunca salía de casa. Sin saberlo, empezó a tomarle cariño. Clara hacía su trabajo con tanta dedicación porque imaginaba que la señora por las noches sonreiría al ver todo tan pulcro. A veces ella cerraba los ojos e intentaba recordar con detalle el rostro de su jefa. La señora tenía los ojos negros brillantes, el cabello blanco y las manos llenas de manchas y arrugas. Aun así, le parecía una mujer hermosa. Clara se imaginaba como ella para cuando llegara a esa edad, con una linda casa y con mucho tiempo libre.

Adoraba permanecer en el antiguo y elegante

111

4 Guayaquil, 1997. Estudiante del octavo semestre de la carrera de Literatura de la Universidad de las Artes. Ha publicado en dos antologías de cuentos: *El gato de Schrodinger* (2016) y *Tela de araña* (Editorial Rasguño 2017). Es cofundadora del fanzine de microliteratura *Pizpireta*.

hogar de su jefa. Un lugar lejos de todo y rodeado de árboles que la hacía sentir segura. Le parecía que la pequeña casa se amoldaba a ella a la perfección. Como la señora Susana dormía todo el día, Clara podía tomarse ciertas atribuciones. A veces movía los muebles a su gusto, o quitaba las extrañas decoraciones de la señora y las cambiaba de lugar, o buscaba entre sus cosas, sin llegar a encontrar nada sobre su jefa. Esa soledad le recordaba, que, aunque el lugar parecía ser suyo durante el día, había una mujer que siempre dormía en la casa.

112

El saber que acompañaba a la señora animaba a Clara. Siempre la emocionaba tener contacto con su jefa, se reflejaba en la soledad de aquella mujer y con anhelo buscaba escuchar su voz y ver su rostro. Es por eso que cuando encontró un papel en el mesón, que parecía ser una lista de tareas, no dudó en cumplirla a cabalidad, aun cuando la señora le pedía algo extraño.

La única petición escrita en el papel era que Clara dibujara una cruz de sal fuera de la casa. Ella no cuestionaba nada a la señora Susana, es por eso que lo hizo. Salió de la casa y dio unos pocos pasos, y aunque nunca había nadie cerca, sintió vergüenza cuando se arrodilló y con la mano temblorosa dibujó la cruz con la sal brillando por los reflejos del sol de media tarde.

Cuando Clara entró a la casa, encontró a la señora Susana sentada en el pequeño y elegante mueble de madera que dominaba la estancia. Clara nunca la había visto así, y le pareció que ahora la casa ya no combinaba más con la señora, sino con ella. El rostro pequeño de su jefa no se parecía al de sus recuerdos, ahora sus ojos negros eran opacos y su cara era vacía. De pronto parecía que la señora Susana sentía dolor, y quizás locura.

Fue entonces cuando la señora empezó a contarle sobre los golpes a la puerta, y cómo había decidido contratarla para sentirse acompañada. Aunque al inicio casi no podía escuchar los golpes, luego se volvieron incesantes y desgarradores, alguien quería entrar a la casa, afirmaba la señora Susana y aunque sentía curiosidad, no se atrevía a ver, quizás Clara podía, sugirió su jefa. Mientras, ella no lograba entender cómo había permitido que esto llegara a tanto. Los golpes en la puerta la habían obligado a no dormir, y a encerrarse en su casa a no hacer nada más que escucharlos.

La soledad y el miedo de la señora Susana la hacían parecer una niña a la que Clara quería proteger. Por eso decidió quedarse esa noche a escuchar los golpes, y advertirle a quien sea que la señora ya no estaba sola. Esa tarde, mientras esperaban a que anocheciera Clara preparó la cena, y las dos comieron una frente a la otra en el comedor, y ella respondió todas las preguntas de la señora Susana, a quien ahora consideraba una amiga. Podía imaginarse viviendo con su jefa, y cuidándola hasta su muerte, y después siendo la dueña de esa gran casa, y teniendo ahí una familia.

Llegada la noche fue cuando sus fantasías se dispersaron por el sonido de los golpes. Al principio eran pequeños toques, como suaves nudillos contra la madera. Después se volvieron ensordecedores, hasta el punto en el que Clara no podía diferenciar si el sonido venía de afuera o de dentro de la casa. La señora Susana ya no parecía tener miedo, se entretenía susurrando una especie de rezo con las manos abiertas.

Frente a la puerta, Clara escuchaba los golpes y notaba como la madera vibraba y parecía extenderse hasta ella como si quisiera acariciarla, y luego con un golpe sordo regresaba a su lugar. Parecía

que allá afuera había muchos extraños en la puerta, y con desesperación, como si su vida dependiera de ello, querían entrar. Clara se dejó llevar por la curiosidad, sujetó la aldaba y escuchó los susurros de su jefa hacerse más altos. La puerta parecía agrietarse por los golpes, y sin dudar lo abrió.

Frente a ella, de pie sobre la cruz de sal, estaba una mujer.

Esa figura exterior la miraba, y Clara no lograba entender cómo aquel ser podía parecerse tanto a ella. La misma altura, el mismo cabello, y la misma mirada horrorizada con un extraño brillo en los ojos. Regresó a ver su jefa, pero ya nadie la acompañaba. Estaba sola en la casa, y frente a ella ese ser familiar se acercaba.

114 Asustada intentó cerrar la puerta y dejar fuera a su igual, pero en el movimiento notó sus manos, que ya no parecían ser suyas. Ahora tenía pequeñas manos de manchas oscuras y arrugas, con los nudillos enrojecidos y abiertos. La mujer que era ella entró a la casa, reconoció su tímida sonrisa en el rostro de esa otra mujer.

Con suavidad la sujetó del codo y ella se dejó llevar. Llegaron a la habitación de la señora Susana y con cariño fue acostada en la cama. Ahora ese lugar se sentía propio. La mujer le preparó la jarra con agua y se sentó junto a ella, le acarició su ahora cabello blanco, y esperó a que al fin se durmiera, para escapar.

Mis niñas

Noelia Mantilla⁵

Javier se levantó de su cama para asegurarse de que la puerta estuviera debidamente cerrada. Cerró también sus ventanas y cortinas. Tardó aproximadamente una hora en acceder al chat grupal que él y otras cinco personas mantenían en la *Deep Web*. Advirtió que durante las dos horas anteriores a que él iniciara sesión, habían estado discutiendo la posibilidad de acudir a la función de un circo que visitaba la ciudad, con el fin de secuestrar a las gemelas acróbatas y venderlas a la red de prostitución. Aparentemente, las niñas eran rusas y no hablaban ni una palabra de español. Dormían en una carpa atrás del remolque de los payasos sin más compañía que su abuela sorda. La tarea no era tan complicada y los resultados, en caso de que todo saliera bien, aportarían bastante al ánimo del grupo, además de suponer una inyección económica provechosa. La conversación alrededor de la estrategia a utilizar duró toda la madrugada hasta que varios de los participantes tuvieron que alistarse para ir a sus trabajos regulares. La mayoría eran empleados públicos y tenían horarios estrictos por lo que la reunión virtual se pospuso hasta que todos pudieran integrarse a sus actividades nocturnas, otra vez.

Mientras se preparaba el desayuno, recordó que se había ofrecido a llevarle unas medicinas para

115

5 Bahía de Caráquez, 1997. Actualmente se encuentra cursando el octavo semestre en la carrera de Literatura. Ha publicado dos crónicas bajo el pseudónimo de Janeth Intriago en el blog *La Ornitorrinco* (2016) y sus relatos han sido incluidos en la antología de Huilo Ruales y Ernesto Carrión: *Tela de araña* (Editorial Rasguño, 2017).

Karen. Ella vivía a unas cuadras de su casa así que no representaba mayor inconveniente. Veinte minutos más tarde, él estaba frente a su puerta con una funda llena de escilatopram. Además, le había llevado un café y un *cheesecake* de fresa; esa fecha era muy difícil para ella. Karen lo recibió con un abrazo y una sonrisa forzada; sus ojos marrones estaban ojerosos e hinchados. Ella tenía puesta su pijama gris, aquella que a él tanto le gustaba, pues le recordaba las noches de secundaria cuando veían películas de terror y ella metía los brazos dentro de su camiseta como si quisiera protegerse de algo. El pijama ya no le quedaba grande y seguía usándola como si no se diera cuenta de sus agujeros.

116

Pasaron a la sala y Javier notó un extraño olor a moho en el ambiente. Dejó las cosas en la mesa del centro e intentó conversar con Karen de cosas triviales. Luego notó que el simple hecho de llevarle algo más que sus medicinas, destacaba el luto de la fecha y terminaron hablando de lo mismo que hablaban cada año. Cuando eso pasaba, Karen recogía sus piernas y las pegaba a su pecho, como si aún tuviera dieciséis años y acabaran de robarle nuevamente a sus bebés. Javier no podía evitar sentirse culpable. Había sido él quien convenció a Karen de ir a la fiesta esa noche en la que fue violada y también había sido él quien le falló cuando iba a llevarla a la clínica de abortos. El día que se disculpó con ella por teléfono, su madre lo escuchó y les contó a los padres de Karen. La obligaron a seguir con su embarazo y ella no le habló por varios meses, hasta que eventualmente lo perdonó. El día del parto descubrieron que uno de los bebés tenía una malformación en una de sus piernas y que esta debía ser amputada lo más pronto posible. Karen estaba inconsciente, así que sus padres

tomaron la decisión por ella, no sin antes discutir la posibilidad de poner al bebé discapacitado en adopción, pues "ya había suficiente vergüenza en la familia". Por supuesto, Javier estaba escuchando y decidió que si alguien debía decidir el futuro de esos bebés sería Karen.

Los padres de Karen se habían ido hacía mucho tiempo cuando los guardias de seguridad anunciaron que la sala de recién nacidos había sufrido un ataque: al menos cinco niños habían sido robados y dos resultaron heridos producto del ajetreo realizado por los ladrones al escapar. Nunca encontraron a los bebés ni a los culpables. Para cuando llegaban a ese punto de la historia, Karen ya estaba dormida de nuevo, con el rostro cubierto de moco y lágrimas. Javier sabía que al día siguiente ella iba a estar de nuevo como si nada y él dejaría de sentirse culpable por un buen tiempo. Antes de irse guardó el postre intacto en la refrigeradora y puso una manta sobre sus piernas. Karen se despertó y tomó su mano.

-Yo nunca quise tenerlas, ¿sabes? No sé por qué me duelen ahora.

Javier apartó uno de los cabellos negros que cubrían su rostro, besó su frente en silencio y se fue. Se le había hecho tarde para el trabajo.

Ese día atendió un total de treinta y cinco llamadas telefónicas en el *call center* donde trabajaba. Había pensado en las gemelas durante toda la jornada; cada vez que iba al baño o se encontraba solo, las llamaba en susurros. "Mis niñas" les decía, y saboreaba las palabras lentamente, como una menta en su boca. Un placer que solo el anonimato y la clandestinidad podían proporcionarle.

Al finalizar su turno se apresuró a casa, su perro Toby lo recibió juguetonamente; él ni siquiera se percató del desastre que había hecho en la sala:

esa noche vería las primeras imágenes de las gemelas. Las fotos llegarían al grupo gracias al empleado que realizaba la limpieza en el circo después de cada función. Él también era parte del foro y uno de los candidatos más adecuados para llevar a cabo el secuestro. Mientras Javier se acomodaba, puso a cargar la página. Los píxeles se fueron aclarando poco a poco, revelando a dos niñas, muy rubias y rosadas en vestidos azules. La foto había sido tomada a una cierta distancia. Estaban sentadas con una anciana y comían en platos desechables amarillos. Eran casi idénticas, excepto por un detalle: a una de ellas le faltaba una pierna.

Las abejas

Jennifer Zambrano⁶

Era terrible de ver. Cientos de abejas sobre la ventana de la sala, posadas en largas hileras, inmunes al aerosol que lanzábamos. No se movían ni un centímetro y desde el comedor se podía escuchar el sonido de asmático que hacían, como ronroneo de gato, como un coro atemorizante. Marta y yo nos refugiamos en la cocina y le dimos la espalda al ruido. Y también al problema. Empezamos a hablar sobre qué hacer para la cena, si huevos revueltos o pollo. Al final nos decidimos por algo rápido, galletas con miel, para no tener que bajar tanto la guardia mientras cocinábamos. Comimos despacio, pretendiendo que en poco tiempo todo se solucionaría y, en cierto momento, llegamos a olvidarnos de que los insectos habían invadido nuestra casa.

Pero solo fue por poco tiempo, hasta que vimos a una de ellas volando alrededor del foco de la cocina. Una sola. Decidí golpearla con la escoba, matarla, pero era demasiado rápida. Escapó de mi ataque y regresó con las demás que continuaban en el mismo sitio. Apagué el foco pensando que quizá era una forma de mantenerlas a distancia. Marta me preguntó cómo habían entrado tantas y le dije que no sabía pero que pronto estaría aquí el exterminador.

Me miró, dudando, luego preguntó, preocupada,

119

6 Guayaquil, 1995. Estudiante de noveno semestre de Literatura en la Universidad de las Artes. Sus textos aparecen en antologías de cuento ecuatoriano como *El despertar de la Hydra* (La Caída, 2017). Su cuento "La palabra olvido" obtuvo el segundo lugar del I Concurso Universitario de Cuento "Libre Libro" 2018 y fue publicado en la recopilación *Última hora* (UArtes Ediciones, 2018).

si las abejas estaban en peligro de extinción.

—No sé, ¿qué importa?

Se sentó en el piso, yo también. Permanecemos en silencio algún rato en que ella comenzaba a jugar con sus dedos. Los entrelazaba, los movía frenéticamente para después formar figuras —un cono invertido, una esfera—. Yo observaba con atención cada detalle pensando en que podía tener algún significado para la psiquiatra, como cuando Marta cambió los dibujos de animales muertos por mujeres degolladas, doctora, no parece normal esta niña, a veces me da miedo, dice cosas extrañas, cosas que normalmente no dicen los niños, no sé qué hacerle, por eso se la traigo, y creo que me odia, doctora, sí, yo sí lo creo, pero quién sabe qué se le pasará por la mente.

Apareció frente a nosotras otra abeja. La miré con precaución, alcanzando el palo de escoba. Marta volvió a hablar:

120

—¿Qué hacen las abejas? Como las hormigas que dispersan semillas...

—No sé, Marta, no sé.

La abeja había avanzado hasta la refrigeradora y estaba posada sobre la puerta del congelador. Me acerqué despacio y la fulminé. Marta, en lugar de regresar a mirar cuando le dije que la había matado, se recostó en el piso, en posición fetal, y cerró los ojos como si fuese a dormir. A los pocos minutos supe que de verdad estaba dormida y me percaté de que el ruido de las abejas había desaparecido por completo. Entonces, por pura curiosidad, quise salir, ir a la ventana, observar de nuevo sus cuerpos pequeños sobre la malla metálica.

Al entrar me di cuenta de que ya no estaban allí, sino que se habían dispersado por toda la sala. Volaban sobre el televisor, sobre los muebles, encima del ventilador, en los focos, se

habían convertido en un humo sólido que envolvía todo en el lugar. Regresé rápidamente al lado de Marta y cogí el spray para fumigar por encima de nosotras, en el espacio entre la cocina y la sala. Algunas de las abejas se metían, a pesar de mis esfuerzos, a la cocina, para dar vueltas por las ollas, por los platos donde quedaban rastros de la miel que merendamos.

Salió un gemido de mi boca cuando rocié a la última abeja de la cocina. Marta se despertó en ese momento, observó el suelo, los cuerpos caídos.

—Mamá, ¿sienten dolor las abejas?

Asomó un enjambre que cubrió el techo de la cocina, con su sonido insoportable, copando el aire que Marta empezaba a respirar con dificultad. Las paredes se teñían de oscuro, de la piel de los insectos, piel dorada de abejas perversas. ¿Eran malas las abejas? ¿Sentían dolor las abejas?

El spray se iba agotando y parecía que nos envenábamos nosotras también al intentar matarlas. Marta estaba impaciente. La tomé por lo hombros, la agité, no soportaba estar encerrada con ella, ojalá estuviese sola, sin hija a la que cuidar, a la que llevar al psiquiatra por repentinos brotes depresivos que no comprendía. Por qué se deprime la niña, doctora, si todo tiene, todo le doy, nunca le ha faltado una sola cosa, lo hace para joderme, eso es, doctora, no me mienta, que yo la parí, yo sé de qué pata cojea esta niña, esta mocosa, doctora, usted no sabe, yo no la quería, ojalá se..., ojalá no la hubiese..., pero no, estábamos encerradas juntas en la cocina y yo tenía que pensar en una solución rápida para el ataque de asma que Marta estaba teniendo por el pánico, por la intrusión de las abejas en nuestro lugar seguro, por el olor demasiado fuerte del spray que, poco a poco, las hacía caer, para retorcerse en el suelo, abejas letales que no paraban su bulla.

—Ma-ma-má.

Calmé a Marta con las recomendaciones que los doctores me habían obligado a aprender de memoria, junto a los ejercicios sobre respiración correcta que la psiquiatra sugirió para la ansiedad. Marta volvía a tranquilizarse, a mirar hacia el techo, hacia mí mientras me levantaba para seguir cazando las abejas que se iban concentrando en la cocina. El ruido iba en aumento.

—Las abejas mueren cuando pican a alguien.

—Si no vas a ayudar mejor te callas.

Marta no se movió, continuaba tirada en el piso, detrás de donde yo me había parado. Yo parecía su escudo, me había interpuesto entre ella y las abejas, simulando mi nula maternidad, jugándome el pellejo por la hija que no había querido, que era idéntica a mí, que me hacía pagar setenta dólares por sesión a una psiquiatra que en lugar de analizarla a ella terminaba recomendándome pasar más tiempo juntas para que surgiera el cariño que no hay. A Marta, sin embargo, estas cosas no le importaban y, desde la esquina, me miraba, con sus ojos vacíos, como siempre había hecho, ojos de miedo, doctora, son oscurísimos, ojos que usa para ver en las madrugadas porque esa niña no duerme, parece sonámbula, zombi, pasa mirando hacia la calle, doctora, aunque a veces duerme en la cocina, se tira al suelo y ahí queda, en pleno piso, doctora, ¿por qué será?, también a mí me pasaba de pequeña, me daba miedo el resto de la casa.

Escuché el timbre y, aprovechando que ya no quedaban muchas abejas en la sala, corrí hacia la puerta. Los exterminadores vestían de blanco, estaban cubiertos en su totalidad, y me hablaban por unas mallas diminutas que tenían en el rostro. Luego de explicarles la situación, se dirigieron a la cocina, yo esperé afuera, con los vecinos

que iban formando un cerco alrededor de la casa. Al poco tiempo regresó uno de los exterminadores acompañado por Marta. La dejó a mi lado y volvió él solo adentro. Las dos nos quedamos de pie frente a la casa, imaginando lo que esos hombres harían allá adentro, y Marta decidió sentarse en el suelo, jugar de nuevo con sus dedos —más formas de cono invertido, de esfera—, preguntándose, probablemente, si acaso eran verdaderamente malas o si sentían dolor las abejas.

Dos días después pudimos regresar a casa, al silencio culposo en el que se había sumido. Marta no me miraba, tampoco respondía cuando yo le hacía una pregunta. Esa madrugada desperté de una pesadilla que no recordaba y fui a la cocina, pensando en quedarme a dormir ahí, en el piso helado, mirando las vigas como si fuesen nubes raras en medio del cielo oscuro. Antes que yo, Marta había llegado ahí y estaba profundamente dormida en la esquina en la que antes habíamos estado arrinconadas por las abejas. Caminé a la refrigeradora, tomé un vaso de agua, seguía mirando el cuerpo inmutable de la que era mi hija, su respiración que hacía elevar y descender su pecho, las migajas de comida en el borde de su boca. No había una sola cosa de ella que no me disgustase. Doctora, no es mi culpa si no la quiero, esa niña no se hace querer, no tiene nada bueno, solo sabe mostrar las garras.

Al salir de la cocina vi que cerca del cuerpo de Marta había un bulto pequeñito, una especie de mancha que terminó siendo el cuerpo de una abeja. Ya estaba muerta, claro, no hacía ruido, no se movía, su cuerpo estaba tieso y, mirando a Marta que empezaba a respirar con dificultad, en lo que parecía otro ataque, haciendo casi el mismo sonido escabroso de las abejas, reconocía yo en ese cuerpito inerte, asesinado, que sí, que las abejas sentían

dolor, y ojalá el sonido que retumbaba en las paredes no fuese el de la respiración de Marta sino el de esa diminuta abeja que jamás comprendería por qué vino al mundo, por qué tuvo que llegar junto a mí, que quería deshacerme de ella, con mis propias manos de ser posible, pero que me detenía por el miedo, doctora, por el miedo a mi propia muerte, pero sí, sí sienten y no creo que me importe, no me importará después de esta noche, y volveré a creer en su inmundicia, querré matarla, olvidarla, sobrevivirla, sobre todo eso, doctora.

Ojalá no sintieran.

Ojalá no sintieran las abejas.

Para los días de juventud

Melissa Uzhca Galarza⁷

Hoy es jueves 12 de diciembre y he envejecido un año más. Con el dedo índice repaso mis arrugas y siento laberintos en la frente por donde pasa el sudor. En las mañanas me miro al espejo para saber que soy yo misma, no vaya a ser que un día me despierte y mi cara ya no esté.

Me quedan pocas pestañas, las he curvado tantas veces que se han caído poco a poco. Mis párpados, que solían ser como lienzo, se han arrugado. Mi piel se ha vuelto una cáscara de plátano: amarilla y de un grosor impresionante. Mis dientes están manchados, algunos son negros y otros simplemente se han ido. Pierdo la vista, pero conservo la memoria.

Hoy es jueves 12 de diciembre y mis manos ya no sirven para escribir. Hoy he envejecido un año más y las arrugas del rostro se extienden en el cuello y en los brazos, en los codos y en las manos, y se mezclan con las líneas de la palma y se chocan con las líneas que son las del destino.

125

7 Cuenca, 1996. Estudiante de Literatura en la Universidad de las Artes, Guayaquil. Obtuvo el tercer lugar en el VIII Concurso Nacional Interuniversitario "Efraín Jara Idrovo", modalidad relato (2017). Algunos de sus cuentos constan en la antología *Tela de araña* (Editorial Rasguño, 2017) y en el blog de la escuela de Literatura de la Universidad de las Artes.